

LAS MEMORIAS POLÉMICAS SOBRE LA IZQUIERDA (REVOLUCIONARIA) Y SU PAPEL EN LOS PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DEMOCRÁTICA EN ARGENTINA Y URUGUAY*

Guillermo Mira Delli-Zotti**

Recibido: 4 Junio 2007 / Revisado: 1 Septiembre 2007 / Aceptado: 20 Septiembre 2007

Treinta y un años después de la implantación de una dictadura devastadora y a veinte años exactos de las primeras elecciones de la recuperada democracia, Uruguay eligió –por primera vez en su historia– un gobierno “de izquierdas”. Veintisiete años después de una dictadura que todavía ronda como una pesadilla y dos décadas después de la recuperación de la democracia, Argentina consagró a un presidente (auto) identificado con la “izquierda” del peronismo (o “peronismo revolucionario”)¹.

¿Cuál sería el significado de estos acontecimientos si miramos la historia reciente de ambos países, su deriva actual? ¿Qué supone que donde un día (no muy lejano) los militares –con ayuda de sectores civiles– desataron una brutal represión con el fin de que no quedara rastro de marxistas, comunistas, subversivos y sucedáneos, hoy ejerzan el Gobierno aquellos mismos que en su momento fueron objeto de persecución y aniquilamiento a cualquier precio, que además asumen sin tapujos la representación (e incluso la reivindicación) de los que no sobrevivieron a la represión?

Estos interrogantes entrecruzan el pantanoso terreno de las luchas por la memoria² con la escritura de la historia y el discurrir de los acontecimientos

presentes. Porque si, en general, podría decirse que ambos gobiernos (en Argentina y Uruguay) han estabilizado la situación de sus respectivos países, gravemente afectados después de la profundísima crisis que desató el “corralito” en Argentina en 2001³ y se propagó con efectos igualmente devastadores al Uruguay (con pérdida de ahorros, caída en picado de la actividad económica, explosión del desempleo y resquebrajamiento de referentes simbólicos básicos), esto ni mucho menos clausuró las luchas por la memoria de lo que había ocurrido; por el contrario, los debates se multiplican y se mezclan con las políticas hacia el pasado de los propios gobiernos concernidos.

Por ejemplo, para algunos sectores es intolerable la presencia de ex guerrilleros en el parlamento uruguayo, incluso en algún ministerio, o el encarcelamiento del ex presidente Bordaberry. En la otra orilla, muchos se niegan a admitir que el Estado argentino, de la mano del liderazgo de Néstor Kirchner, se planteara indemnizar a los exiliados de la dictadura, puesto que muchos de los potenciales beneficiarios pretendían destruir el mismo estado del que ahora reclaman reparación.

Los gobiernos de Kirchner (ahora sucedido

* Este artículo se inscribe en el Proyecto de Investigación Historia comparada de las transiciones a la democracia: España, Argentina y Uruguay (1968-1990), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia (HUM 2007-65645).

** Profesor Titular de Historia de América de la Universidad de Salamanca. E-mail: mira@usal.es.

¹ Vid. Moreira, Constanza, *Final de juego. Del bipartidismo tradicional al triunfo de la izquierda en Uruguay*. Montevideo, Trilce, 2004, 10 para Uruguay, y para Argentina: Graham-Yooll, Andrew, *Tiempo de tragedias y esperanzas. Cronología histórica 1955-2005. De Perón a Kirchner*. Buenos Aires, Ed. Lumiere, 653.

² Tomamos este concepto de Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI, 2002, 39-47.

³ Una descripción minuciosa de la crisis en: Jozami, Ángel, *Argentina, la destrucción de una nación*. Buenos Aires, Mondadori, 2003, 25-49.

por su esposa Cristina Fernández) y Tabaré Vázquez han suscitado adhesiones y controversias a granel. Pero el núcleo de las polémicas sobre el pasado, que se vierte sobre los actores y acontecimientos del presente, no es otro que el recurso a la violencia con fines políticos, por parte de grupos guerrilleros, organizaciones armadas y hasta el propio Estado; en definitiva, la evaluación de la lucha armada de los 70 y sus consecuencias⁴.

En verdad, existe mayor unanimidad a la hora de describir y juzgar el tipo de violencia desplegada por las Fuerzas Armadas: violación sistemática de los DDHH, terrorismo de estado, apropiación de bebés sometidos al cambio de identidad...; estos hechos provocan rechazo y repudio, y no se concibe justificación alguna para ellos (salvo en círculos reducidos de la derecha dura, civil y militar). Pero en todo caso, el debate se focaliza sobre las condiciones que auparon la dictadura y guiaron el curso de los acontecimientos hasta los campos clandestinos de detención, la tortura sistemática, los vuelos de la muerte, los desaparecidos, el robo de bebés, el saqueo de los bienes pertenecientes a las víctimas o el Plan Cóndor. Se discuten las razones, los móviles de quienes planificaron el exterminio, lo ordenaron y lo ejecutaron. Es esto lo que está en cuestión, no su condena⁵.

No existe ni por asomo esta rotundidad cuando se valora la actuación de la “izquierda revolucionaria” de los 70: si fue responsable del despertar del monstruo –como pareciera sugerir la “teoría de los dos demonios”; si se embarcó en un proyecto delirante o, por el contrario, si se trataba de una generación cargada de idealismo y generosidad que, en pos de un cambio radical de la sociedad, fue diezmada por un enemigo despiadado⁶.

Para explorar estas cuestiones, nuestra propuesta aquí es doble: a través de una selección de momentos y circunstancias –y desde una perspectiva comparada–:

1. Mostrar que la intersección entre violencia política y organizaciones armadas (de la izquierda revolucionaria) impregnó a toda la izquierda (tanto comprometida con la violencia como ajena a ella) y se convirtió en el mejor argumento para conseguir la estigmatización de todos aquellos que cuestionaban el establishment y el “modelo” imperante (ya fuese democrático, como en Uruguay, o dictatorial, como en Argentina), para así justificar su aniquilamiento.
2. Mostrar que, pese a las similitudes de trazo grueso que se advierte en el desarrollo de los acontecimientos entre ambos países (despeñamiento hacia una violencia política generalizada, instauración de una dictadura despiadada, proceso de transición a la democracia e instauración y crisis de un modelo neoliberal), del paralelismo surgen importantes matices, y que en esto tuvo mucho que ver tanto la constelación de la izquierda (o de las fuerzas progresistas), como sus estrategias y sus prácticas en cada uno de los países comparados, antes, durante y después de la larga noche dictatorial.

1. EL SURGIMIENTO DE LAS ORGANIZACIONES ARMADAS Y EL CAMINO HACIA LA DICTADURA

Hay diferencias importantes en cuanto a la aparición de movimientos armados que desafiaron

⁴ Como lo demuestra la aparición de una publicación exclusivamente consagrada a este tema, *Lucha armada en la Argentina* (revista trimestral) o la extraordinaria difusión alcanzada por la biografía del principal líder guerrillero en Uruguay: vid. Blixen, Samuel, *Sindic*. Montevideo, Trilce, 2005 (que ya tiene varias ediciones desde su aparición en 2000).

⁵ Algunos textos fundamentales que buscan esclarecer la actuación de los militares (y de la sociedad que los nutrió): Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue, 1998; Andersen, Martin E., *Dossier secreto. El mito de la “guerra sucia” en la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000; Novaro, Marcos; Palermo, Vicente, *Historia Argentina 9. La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires, Paidós, 2003; y Garzón, Baltasar; Romero, Vicente, *El alma de los verdugos*. Barcelona, RBA, 2008.

⁶ Algunos textos imprescindibles en este debate: Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP (La pasión militante)*. La Plata, de la Campana, 1996; Seoane, María, *Todo o Nada*. Buenos Aires, Sudamericana, 2003; Gasparini, Juan, *Montoneros. Final de cuentas*. La Plata, de la Campana, 1999; Feinmann, José Pablo, *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Seix Barral, 2005, especialmente 82-133; Calveiro, Pilar, *Lucha armada en la Argentina*, 4 (setiembre-noviembre 2005), 4-19; Terán, Oscar, “La década del 70: la violencia de las ideas”. *Lucha armada en la Argentina*, 5 (febrero-abril 2006), 20-28; Pozzi, Pablo, “Para continuar con la polémica sobre la lucha armada”. *Lucha armada en la Argentina*, 5 (febrero-abril 2006), 44-53. Sobre la “teoría de los dos demonios”, vid. Informe de la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas, *Nunca Más*. Buenos Aires, Eudeba, 2001; y Vezzetti, Hugo, *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

al Estado con el propósito de destruirlo desde finales de los años 60 en Uruguay y Argentina. Uruguay había tenido una historia política muy pacífica a lo largo de la mayor parte del siglo XX; el surgimiento del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (en torno a 1965/66), que incorporó la violencia como táctica política, rompió esta tradición. El origen de Tupamaros se conecta (como en tantos casos de grupos guerrilleros latinoamericanos) a la influencia proteica de la revolución cubana y su teoría del foco, en sintonía con una exacerbación de sentimientos antiimperialistas dirigidos contra Estados Unidos a raíz de su papel en América Latina —a partir del episodio de Guatemala, luego Cuba, Brasil y la intervención directa en República Dominicana— y en Vietnam⁷.

Sin embargo, no se puede eludir un repertorio de problemas y procesos internos que contribuyeron a la quiebra del “Uruguay liberal”: el deterioro de la economía, la represión contra los cañeros de Bella Unión, la “nacionalización” de la izquierda y el convencimiento de algunos sectores de que el sistema político vigente (la democracia liberal) era inoperante, se había vuelto incapaz de dar respuesta a las demandas populares y había perdido legitimidad, transformándose en una herramienta del “poder burgués”⁸. A partir de 1968, la “derechización” y las políticas represivas del presidente colorado Jorge Pacheco Areco dieron alas tanto al movimiento estudiantil como a los trabajadores estatales, y muchos integrantes de aquellos colectivos se fueron alistando con entusiasmo en Tupamaros, que pasó en poco tiempo de grupúsculo marginal a una organización con miles de adherentes y a convertirse en la principal amenaza para el régimen político⁹.

La entrada de las Fuerzas Armadas en el conflicto, el trabajo de inteligencia, el adiestramiento a cargo de especialistas norteamericanos y el apoyo

logístico de USA, condujeron a una rápida y contundente victoria de los militares sobre la guerrilla, de modo que en 1972 el capítulo de Tupamaros se había clausurado; lo que abre grandes interrogantes sobre las razones por las cuales el sucesor de Pacheco Areco, Juan María Bordaberry, ejecutó un autogolpe, clausurando el Parlamento e iniciando una dictadura cívico-militar que evolucionaría a una dictadura en toda regla cuando el propio presidente fuera desplazado por los uniformados en 1976¹⁰.

A diferencia de Uruguay, en Argentina el siglo XX ni había sido tan tranquilo en lo político, ni la sociedad había disfrutado de largos periodos de democracia y consenso. Por el contrario, desde el ascenso del peronismo (legítimo vencedor en las elecciones de 1946) la sociedad se embarcó en un proceso de polarización que abriría un antagonismo irreconciliable entre peronistas y antiperonistas.

Los bombardeos sobre la Plaza de Mayo para derribar al gobierno (que se saldó con la muerte de muchos civiles inocentes), el posterior derrocamiento de Perón (setiembre de 1955) y la proscripción de su movimiento ahondaron la fractura social¹¹. Con la memoria fresca de esos hechos dramáticos, en los últimos años de la década de 1960 y en el marco de la dictadura del General Juan Carlos Onganía surgieron varios movimientos armados al hilo de importantes movilizaciones sociales y de una curiosa mutación del peronismo, reinterpretado por la generación que ingresaba en la esfera pública de la mano del mayo del 68, como un movimiento revolucionario de liberación nacional¹².

No casualmente en 1969 se produjo el Cordobazo, en 1970 surgió el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y también fue secuestrado y ejecutado el general Pedro Eugenio Aramburu (cerebro en el derrocamiento de Perón y el oculta-

⁷ Una caracterización muy lograda del contexto de aparición de Tupamaros en: Blixen, Samuel, *Sindic...*, op. cit.. Para una visión continental de los movimientos guerrilleros en América Latina: vid. Castañeda, Jorge, *La utopía desarmada*. Barcelona, Ariel, 1993, especialmente el capítulo 3.

⁸ Rey Tristán, op.cit., 27-47.

⁹ *Ibid.*, especialmente el capítulo 8.

¹⁰ Sobre la derrota de la guerrilla y el golpe “blanco” de Bordaberry, vid. Lessa, Alfonso, *La revolución imposible. Los Tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo, Fin de Siglo, 2004; Torres, Jorge, *Tupamaros. La derrota en la mira*. Montevideo, Fin de Siglo, 2002; y Lessa, Alfonso, *Estado de guerra. De la gestión del golpe del 73 a la caída de Bordaberry*. Montevideo, Fin de Siglo, 2003.

¹¹ Vid. Novaro, Marcos, *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*. Buenos Aires, Edhasa, 2006, capítulo 1.

¹² Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, 164-172.

miento del cadáver de su esposa Evita), primera acción reivindicada por los Montoneros. Si la matriz ideológica del ERP puede emparentarse con la de los tupamaros uruguayos, Montoneros aparece como una organización que se reivindicaba peronista y cuyos fundadores provenían de un catolicismo nacionalista militante y hasta antisemita¹³.

En este punto es interesante señalar que el periodo 1970-1973 marca dos derroteros bien diferentes si analizamos las trayectorias de Argentina y Uruguay en clave comparada. Mientras en Argentina la combinación de movilización social, la presión de la lucha armada y el propio desvanecimiento del proyecto militar condujeron a la retirada de los militares y a unas elecciones ganadas con mayoría absoluta por el peronismo, en Uruguay por el contrario, en paralelo al accionar de Tupamaros, los partidos de izquierda (impulsados por el Partido Comunista) junto a la Democracia Cristiana y sectores progresistas desprendidos de los partidos tradicionales (blancos y colorados), formaron una Coalición, el Frente Amplio, con el fin de participar en la contienda electoral¹⁴.

En las elecciones de noviembre de 1971 la nueva fuerza política obtuvo algo más del 18% de los votos y aunque a partir de 1973 la coalición fue proscrita (como el resto de partidos), sus integrantes perseguidos y muchos debieron marchar al exilio, el Frente Amplio jugaría un papel clave como referente en cuanto a la defensa de las libertades y en la lucha por la recuperación de la democracia, al margen y hasta cierto punto en contraposición con los partidos tradicionales, ya que reivindicaba un proyecto socialista.

Hay que destacar este punto en relación con lo que ocurrió en Argentina: allí, a pesar del periodo democrático inaugurado el 25 de mayo de 1973, los acontecimientos fueron muy distintos. Los breves años de democracia estuvieron marcados por sucesos muy contradictorios: grandes mayorías electorales que apoyaron al peronismo y,

al mismo tiempo, cruentos enfrentamientos en el seno del peronismo y, en paralelo, violencia política ejercida desde órganos del Estado (destacando el grupo paramilitar AAA) especialmente contra líderes sociales, artistas y militantes de la izquierda (no armada). El desconcierto y el clima de inseguridad y violencia fue atizado hasta el paroxismo por el comportamiento de las principales organizaciones armadas, el ERP —que no dejó de cometer atentados bajo el Gobierno popular de Héctor J. Cámpora— y los Montoneros que, enzarzados en una lucha de poder al interior del movimiento peronista, comenzaron a perder contacto con la movilización popular, pasaron a la clandestinidad y entraron en un espiral militarista que los conduciría a una lucha frontal contra las Fuerzas Armadas y a una derrota inapelable¹⁵.

A diferencia de Uruguay (donde los Tupamaros habían sido descabezados antes del golpe de Estado), en Argentina la estrategia de aniquilamiento de “la subversión” comenzó formalmente en 1975, y estaba muy avanzada al comenzar el nuevo año (de hecho el ERP había recibido un golpe de muerte en la trágica acción de Monte Chingolo de diciembre del 75, y su principal líder asesinado pocas semanas después del golpe del 24 de marzo de 1976, el mismo día que había fijado para abandonar el país). De modo que cuando las Fuerzas Armadas dieron el golpe que desplazó a Isabel Perón del gobierno y puso en marcha uno de los programas represivos más crueles que se recuerden en América Latina, una amplia mayoría de la población apoyaba la dictadura: el marasmo de la administración de Isabel Perón (julio 1974-marzo 1976), la exacerbación de antiguos sentimientos antiperonistas, la crisis económica y la violencia política empujaron a un amplio sector de la sociedad argentina en esa dirección¹⁶. Los militares jugaron hábilmente la carta de la amenaza de la “subversión” contra el “ser nacional”: se erigieron en defensores de la patria, prometieron un disciplinamiento y regeneración de la sociedad, el desmante-

¹³ Sobre los orígenes de Montoneros vid. Gillespie, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires, Grijalbo, 1998, tal vez el estudio académico más sólido que existe sobre el tema; y el testimonio de un militante que estuvo en los orígenes de la organización: Amorín, José, *Montoneros: la buena historia*. Buenos Aires, Catálogos, 2005.

¹⁴ Vid. Rey Tristán, op. cit., 349-360.

¹⁵ Vid. Graham-Yooll, Andrew, *Memoria del miedo (retrato de un exilio)*. Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1999, quien hace una pintura escalofriante de la situación durante el año previo al golpe de Estado.

¹⁶ García Lupo, Rogelio, en Eduardo Blaustein; Martín Zubieta, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires, Colihue, 1998, 110.-115.

lamiento de la clase política con su retórica vacía y sus prácticas corruptas, y al mismo tiempo pusieron en marcha un plan económico que difundió la ilusión de riqueza entre las capas medias del país (mientras se desmantelaba el sector industrial) y se explotaban hábilmente la aficiones deportivas del pueblo argentino (con una versión sofisticada de “pan y circo”), como espacios de representación de la Nación¹⁷.

Sobre estos mimbres, los militares impusieron un discurso ampliamente compartido entonces, cuya efectividad rebasó los años de la dictadura; un discurso por el cual —en una sociedad muy permeada por una retórica anticomunista de larga data— todos los opositores, militantes, discrepantes, críticos, guerrilleros, etc., quedaban engullidos por un magma de demonización bajo el rótulo de “subversivos”¹⁸. La pereza intelectual, la ausencia de una tradición cívica y democrática, el apoyo en toda regla del aparato institucional de la Iglesia, el terror sembrado por la propia dictadura, la pusilanimidad, el oportunismo y complicidad de los medios de comunicación y los grupos empresariales, la “plata dulce” —entre otros factores de peso—, hicieron que buena parte de la población aceptara esta explicación de la historia y prefiriera la “pax” de los centuriones a los sobresaltos de los años inmediatamente previos a la asonada militar.

En cuanto a la recepción del golpe de estado por parte de la ciudadanía, podrían anotarse algunas diferencias importantes en el caso uruguayo; la mayor tal vez, la respuesta del movimiento obrero organizado en Montevideo, que lanzó una huelga indefinida contra el golpe blanco de Bordaberry. Sin embargo, la huelga fracasó y, con el tiempo, varios dirigentes tupamaros haciendo autocrítica, lamentaban el error táctico de haber sido desarticulados antes de llegar a la instancia del golpe de Estado, donde podrían haber contribuido efectivamente a la resistencia popular.

Por lo demás, las clases medias uruguayas de la capital y los sectores rurales medianamente acomoda-

dados no parecen haber tenido una actitud muy diferente que en Argentina: indiferencia, consentimiento, complicidad silenciosa con la dictadura, que prometía orden y enderezar una situación que parecía fuera de control. Aunque era también palpable en amplios sectores de la población uruguaya un sentimiento de incomodidad frente a la implantación de un gobierno militar que marcaba una inflexión negativa dentro del imaginario democrático del *paísito*¹⁹.

2. TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

Como es bien conocido, tanto factores endógenos como internacionales pusieron en marcha en el Cono Sur (y en otros puntos de la geografía latinoamericana) procesos de transición a la democracia entre finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente. En Argentina, la ausencia de la izquierda durante la transición aparece hoy como uno de los hechos más sonados de principios de los 80. Esto por varios motivos, empezando por cuestiones fácticas elementales: no hay duda de que los dos principales movimientos armados, ERP y Montoneros, habían sido destruidos como organización, pero es que además, la inmensa mayoría de los 30.000 desaparecidos se encuadraba dentro del peronismo: pertenecía a la joven generación que había militado a favor de un cambio radical, ya sea dentro del campo de la izquierda revolucionaria (armada o no), en su periferia o como simpatizantes. Estas víctimas de la represión (a las que habría que sumar aquellos que lograron escapar al horror, tanto huyendo al exterior como refugiándose discretamente dentro del país) habían sido peronistas. De modo que en esa sonada ausencia durante la transición mucho tuvo que ver la actitud institucional que asumió el peronismo como fuerza política: ante la retirada de los militares, los máximos responsables del movimiento ignoraron las tropelías de las Fuerzas Armadas; por el contrario, asumieron con naturalidad la herencia de la dictadura y se prepararon para gobernar acatando la autoam-

¹⁷ Para más detalles sobre el proyecto económico del cual los militares fueron ejecutores, vid. Schvarzer, Jorge, *Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000*. Buenos Aires, A-Z editora, 1998.

¹⁸ Para la construcción de ese discurso, las metáforas y narrativas empleadas, vid. Maristany, José Javier, *Narraciones peligrosas. Resistencia y adhesión en las novelas del Proceso*. Buenos Aires, Biblos, 1999, especialmente el capítulo 1.

¹⁹ La reacción de la sociedad uruguaya ante la escalada represiva que desembocó en el autogolpe de Bordaberry y abrió el camino a la dictadura posterior, es el tema de la obra de Perelli, Carina; Rial, Juan, *De mitos y memorias políticas. La represión, el miedo y después...* Montevideo, Ed. Banda Oriental, 1986.

nistía con que los militares pretendieron sellar su impunidad, echando los delitos económicos (“ilícitos”) al olvido y dando carpetazo al tema de los desaparecidos.

Tal fue la aparente indiferencia frente a todo lo que había ocurrido a lo largo de los siete años anteriores, que en 1983 el peronismo eligió como candidato a la presidencia a Italo Luder, quien había presidido provisionalmente el gobierno de Isabel Perón, el mismo que había firmado el aniquilamiento de la subversión y otorgado carta blanca al Ejército para que lo ejecutara durante 1975. No cabe aquí minimizar o ignorar otros factores que enmarcaron decisiones como la señalada, como los efectos disuasorios de las prácticas del terrorismo de Estado, o el propio sentimiento de culpa y vergüenza que atenazaba a los protagonistas-víctimas, y que se tradujo en la discreción y el silencio con tal de que la democracia se asentara. Pero la falta de una fuerza política que representara cabalmente a las víctimas (peronistas en su mayoría) de la represión (en realidad, ningún partido asumió como tal el tema de los desaparecidos), ese vacío tan ominoso de contención institucional, fue lo que marcó el contraste entre todos los partidos que compitieron por el nuevo poder democrático, frente a la estrategia del sector renovador de la Unión Cívica Radical y su líder Raúl Alfonsín, quien fue el único que prometió la regeneración del Estado de derecho y una acción contundente para castigar las violaciones contra los derechos humanos²⁰. Esta fue la carta de triunfo de Renovación y Cambio (la agrupación creada por Alfonsín), pero también lo que abrió una de las fallas más dramáticas que atravesó los años calientes de la transición. El único sector del cuadro político argentino que ensayó algún tipo de justicia retrospectiva, que no pertenecía a la izquierda y que conforme avanzaba en sus acciones (como el Juicio a las Juntas, episodio histórico, simbólico y reparador) no sólo recibía los embates de las Fuerzas Armadas, también sufría el distanciamiento, los reproches y hasta la hostilidad de las organizaciones de Derechos Humanos. Es sintomático que en la memoria colectiva de muchos argentinos el gobierno de Alfonsín se evalúe como una oportunidad perdida, como una vil capitulación frente

a la presión militar, y que en este punto se asocien las leyes de impunidad con el Punto Final (1986) y la Obediencia Debida (1987) rubricados durante su gobierno, mucho más que con los indultos firmados tres años más tarde por Carlos Menem²¹. Por lo demás, fue notable cómo en la segunda mitad de la década de los 80, todos aquellos sobrevivientes de las luchas de los 70 –muchos ya reintegrados a la vida nacional provenientes del exilio– fueron nutriendo el caudal electoral de un peronismo en que parecía despuntar una corriente renovadora, en la misma medida que crecía el desgaste del gobierno radical, atenazado por la situación económica, desafiado por reiteradas asonadas militares, pero también estrangulado por una oposición desleal que, en el plano sindical, organizó 13 huelgas generales en apenas cinco años. Los picos de hiperinflación de 1989 coronaron el angustiante final de un gobierno a esas alturas considerado poco menos que traidor por quienes reivindicaban la memoria de las víctimas de la dictadura.

Cambiando de orilla, en Uruguay el Frente Amplio no desempeñó un papel estelar en la transición, pero participó en las negociaciones con los militares (los Acuerdos del Club Naval) a la par de los otros partidos. Su líder encarcelado (el general Liber Seregni) demostró habilidad táctica y madurez política cuando aceptó que su formación –perseguida, duramente castigada y en general exiliada por la dictadura– dialogara con los militares para preparar una retirada ordenada de estos y la celebración de elecciones. Además, aprovechó hábilmente la proscripción del carismático líder del partido Nacional Wilson Ferreira, la bestia negra de la dictadura: Ferreira había rozado el triunfo que le arrebató Bordaberry en 1971, y se convirtió en el político más popular de Uruguay; se presentaba como habiendo sido despojado de una legítima victoria, se había convertido en el principal denunciante de la dictadura desde el exilio y encarnaba el ala progresista de los blancos. Su proscripción, encarcelamiento una vez que puso pie en Uruguay, y el hecho de que ordenara votar en el referéndum a favor de la Ley de Caducidad (1987) –que garantizaba la impunidad para los militares– abrieron el espacio político de

²⁰ Vid. Katz, Ricardo S.; Taborcia, María del Carmen, *Alfonsín. Crónica de una presidencia 1983-1989*. La Plata, s.e., 1999.

²¹ Vid. por ejemplo, Ciancaglini, Sergio; Granovsky, Martín, *Nada más que la verdad. El juicio a las Juntas*. Buenos Aires, Planeta, 1995.

la izquierda para que lo ocupara hegemónicamente la Coalición de Seregni²².

Si bien en las elecciones de 1984 el FA no obtuvo un caudal de votos superior al de la última convocatoria electoral (igual que en 1971, superó ligeramente el 18%), esto al menos significaba que había sido capaz de sobrevivir a la dictadura, y en la segunda mitad de los 80 otros escenarios lo iban a fortalecer. En el nuevo contexto democrático y en correspondencia con la generosa amnistía decretada por la Administración Sanguinetti, se produjo la puesta en libertad de los principales líderes del MLN-Tupamaros, que habían pasado casi 15 años presos en condiciones penosas. Después de escarceos y debates internos, y tras la muerte de uno de sus jefes históricos, Raúl Sendic, los ex tupamaros decidieron reciclarse a la democracia y participar en la vida política uruguaya formando su propia agrupación, el MPP (Movimiento de Participación Popular), que pronto pasó a engrosar la Coalición del Frente Amplio. Esto fue muy significativo: si bien los ex guerrilleros nunca hicieron autocritica pública sobre el uso de la violencia como arma política, el hecho de haber pasado tantos años en prisión, de haberse reincorporado a la vida civil modestamente y llevar una vida austera, fue visto como una expiación y el peaje necesario como para ser admitidos en la comunidad política, incluso por sus antiguos enemigos. Más o menos coincidiendo con esta transformación de los viejos guerrilleros, en 1989 el Frente Amplio ganó la alcaldía de Montevideo, que sería su bastión para despegar hacia la conquista del gobierno de la nación quince años más tarde.

3. ARGENTINA: EL ABRAZO NEOLIBERAL Y SU COLAPSO

No cabe duda que 1989 ha marcado un punto de inflexión en la historia mundial. Y América Latina no podía ser una excepción. Pero vamos a retomar la narración sin desviarnos de nuestra línea argumental.

En Argentina el año comenzó con un extraño ataque a un cuartel militar perpetrado por el grupo Todos por la Patria y dirigido por el ex líder del ERP Enrique Gorriarán Merlo, episodio todavía oscuro que liberó viejos fantasmas y sembró aún más confusión y caos a los pies de un gobierno (el de Alfonsín) que veía cómo la economía se desintegraba bajo la hiperinflación y los militares seguían conspirando para derribar al Gobierno radical a cuento del Juicio a las Juntas (que se había celebrado en 1985)²³. Todo lo cual decantó las elecciones generales del 89 a favor del peronista Carlos Menem (con mayoría absoluta) y adelantó su toma de posesión. Menem afrontó el reto con habilidad y convirtió el vacío de poder y la desesperación de la población en una oportunidad para tomar decisiones de gran calado, probablemente intolerables en otras circunstancias.

Tras un pacto con los militares, con la cúpula de los ex Montoneros que contribuyeron a la financiación de su campaña electoral y con el respaldo de los grandes grupos de comunicación y de la economía, y la jerarquía eclesiástica, el caudillo peronista anunció un proceso de reconciliación nacional, indultó a las Juntas Militares y otros uniformados condenados, y a los jefes guerrilleros. Sólo grupos minoritarios de la sociedad reaccionaron ante la medida, considerada como un ataque mortal a la regeneración del estado de derecho y a la democracia. Hubo protestas, pero el gobierno no se inmutó. La periodista Liliana Gorbato identificó y entrevistó hasta 500 cuadros que habían militado en Montoneros, integrados ahora entusiastamente al gobierno menemista en puestos de responsabilidad²⁴. Desde entonces, el reclamo por la violación de los derechos humanos bajo la dictadura quedó encapsulado al ámbito privado de las víctimas y sus familiares y estas asociaciones (incluidas las Madres de Plaza de Mayo) perdieron prácticamente todo su peso político; pero en paralelo, las Fuerzas Armadas también quedaron neutralizadas como actor político, hecho consumado cuando las privatizaciones impulsadas por el nuevo gobierno engulleron lo

²² Sobre la transición a la democracia en Uruguay, vid. Gillespie, Charles E., *Negociando la democracia. Políticos y Generales en Uruguay*. Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria/ Instituto de Ciencia Política, 1995; y Achard, Diego, *La transición en Uruguay*. Montevideo, Ed. Banda Oriental, 1996.

²³ El episodio del asalto al cuartel de La Tablada aparece narrado por el propio ex presidente en: Alfonsín, Raúl, *Memoria política. Transición a la democracia y derechos humanos*. Buenos Aires, FCE, 2004, 103-131; también en Mattini, Luis, *Hombres y mujeres...*, op. cit., 497-499.

²⁴ Gorbato, Viviana, *Montoneros. Soldados de Menem. ¿Soldados de Duhalde?*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

más granado del patrimonio castrense. La adopción sin tapujos y con el mayor entusiasmo de un proyecto económico neoliberal fue la segunda seña de identidad que marcó el gobierno de Menem, y tal vez la más persistente²⁵.

Ante la deriva del modelo económico, la desafección en las filas peronistas fue minoritaria, a pesar de que el caudillo riojano echó por la borda toda la tradición, la retórica y las políticas peronistas del pasado: desmanteló el Estado, abandonó a la clase trabajadora (en proceso de fragmentación), contribuyó al colapso de las economías regionales y forjó una alianza con los sectores más poderosos, empresariales, financieros y transnacionales (alianza dentro de la cual lució particularmente la “relación carnal” con Estados Unidos, bestia negra del peronismo en épocas pretéritas), tratando al mismo tiempo de retener el apoyo de los pobres y marginales del nuevo modelo a base de retórica y actos simbólicos, fuerte exposición mediática, clientelismo y asistencialismo²⁶.

Una fracción minoritaria del peronismo se separó en 1994 y formó el FREPASO (Frente del País Solidario, en sus orígenes Frente Grande, sin duda emulando al Frente Amplio uruguayo) y, en conjunción con el Partido Radical (en franca declinación) lanzó una coalición conocida como “la Alianza”, que ganó las elecciones en 1999, justo cuando el modelo menemista se había agotado, pero al mismo tiempo porque esta Coalición prometió solemnemente no tocar los pilares del diseño económico heredado (sustentado en la paridad fija entre el peso argentino y el dólar)²⁷ Esto mismo condujo al nuevo gobierno en muy poco tiempo a una crisis de proporciones gigantescas, que estalló en las manos del mismo economista que había diseñado el plan para Menem, Domingo Cavallo, ahora convertido en salvador de “la Alianza” en apuros, lo que da idea de la confusión, la desesperación y la falta de soluciones tanto en el gobierno como en la clase política argentina.

Como es sabido, la crisis se saldó con la renuncia de Cavallo, el desplome de la Alianza y el abandono del gobierno por parte del presidente De

la Rúa, la indignación de la sociedad al ritmo de cacerolas y la consigna “que se vayan todos”, y una avalancha de emigración que fue calificada como un “éxodo”. En medio de un país en ruinas, un Estado saqueado e impotente, una población aturdida, empobrecida y desorientada y un sistema de partidos prácticamente desintegrado, el líder peronista Eduardo Duhalde (fallido sucesor de Menem en las elecciones de 1999) inició las tareas de reconstrucción y una travesía del desierto hasta las siguientes elecciones. Así se llegó a la primera vuelta de las presidenciales de 2003, que ganó Menem con escasa diferencia sobre el segundo, un desconocido gobernador también peronista, al frente de una lejana provincia del sur argentino, que encabezaba una marca del peronismo, “el Partido por la Victoria del Pueblo”. Retirado Menem de la contienda ante una presumible y humillante derrota, Néstor Kirchner ganó la presidencia, en mayo de 2003. Con él, la izquierda peronista, aquellos jóvenes de la JP (Juventud Peronista) de los años 70, alcanzaba el gobierno.

Por analogía, puede decirse que este momento llegó en Uruguay cuando en las elecciones de noviembre de 2004, el Frente Amplio, la coalición de partidos de izquierda creada 33 años antes, se alzó con la victoria. Las similitudes terminan aquí. Frente al sorprendente triunfo de un desconocido Néstor Kirchner —que no se sabía cómo iba a gobernar—, la victoria del Frente Amplio estaba cantada, y además, el camino de esta formación hacia el gobierno había tenido un largo recorrido, mucho más gradual y coherente dentro del juego político nacional; de ahí su previsibilidad. Para comparar las diferencias con Argentina bien vale recapitular a partir de la fecha de 1989.

4. URUGUAY: RESISTENCIAS AL MODELO NEOLIBERAL Y TRIUNFO DE LA IZQUIERDA

En Uruguay, la muerte del Wilson Ferreira, líder carismático asociado a la izquierda del Partido Nacional, abrió el camino al triunfo de Luis Alberto Lacalle —representante de la línea neoliberal— en

²⁵ Vid. Borón, Atilio, *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*. Buenos Aires, El cielo por asalto, 1995. Para un desarrollo de los cambios económicos estructurales: Schvarzer, Jorge, *Implantación...*, op. cit., especialmente el capítulo 4.

²⁶ Sobre la década menemista, vid. Novaro, Marcos, *Historia...*, op. cit., capítulo 10.

²⁷ *Ibid.*, capítulo 11.

las elecciones de 1989. En las mismas, el Frente Amplio por primera vez asumió funciones de gobierno, al ganar la alcaldía de Montevideo. A partir de esa coyuntura se produjo un salto hacia adelante y un incremento progresivo del caudal electoral del FA, que fue ganando el voto centrista y arrinconando a los dos partidos tradicionales. Y esto por varias razones.

En primer lugar, frente a las reformas neoliberales impulsadas por el Partido Blanco (y secundadas por el Colorado), el FA se erigió como defensor de la integridad del Estado. A través de dispositivos alojados en la Constitución (como el referéndum y el plebiscito) la ciudadanía bloqueó los intentos de privatizar empresas públicas, recortar prestaciones sociales, etc. El FA asumió la tradición batllista como garante del estado benefactor, de hondo calado en el imaginario social uruguayo²⁸.

En segundo lugar, conforme avanzaba la década de los 90 y se iban acercando sus posibilidades reales de gobernar, la coalición fue moderando su discurso y capturando el centro político, clave para ganar elecciones. Sus consignas ya no era las nacionalizaciones, la reforma agraria o el socialismo: éste quedaba como horizonte, pero se aceptaba un capitalismo de mercado, buscando la equidad y la justicia social.

La renovación del discurso (sin desechar ni traicionar sus objetivos iniciales) se combinó con un cambio de liderazgo, por el cual el general Liber Seregni (símbolo excepcional del militar legalista y por ello víctima de la dictadura) cedió el testigo al más joven y pragmático Tabaré Vázquez²⁹.

Y un tercer elemento a favor del auge del Frente fue la propia dinámica demográfica del país. El voto tradicional se iba reduciendo conforme desaparecía el electorado más veterano, mientras que los jóvenes que se incorporaban al censo votaban FA, y la Coalición iba penetrando en los bastiones rurales de los partidos tradicionales. A lo largo de toda la década del 90 tanto Colorados como Blancos se comportaron a la defensiva; sobre ellos re-

caían las funciones de gobierno, siempre con resultados mediocres (especialmente en el punto crítico del desempeño económico).

Pero además, las reformas constitucionales aprobadas durante ese decenio llevaron a desdibujar el tradicional bipartidismo, porque para cerrar el paso a la izquierda, blancos y colorados votaron juntos en las elecciones de 1994 y 1999 (e incluso gobernaron juntos). En esta última cita se atisbó el desenlace: se produjo una victoria pírrica del ala más liberal del Partido Colorado, encabezada por Jorge Batlle, sobre el líder más centrista Julio M. Sanguinetti. De poco valió el apellido del nuevo presidente, emparentado por línea directa con el mítico José Batlle y Ordóñez de los años gloriosos. En 2002, el impacto de la crisis financiera argentina desarboló a Uruguay. Como factor secundario respecto a la hecatombe económica, no habría que desdeñar el recalentamiento memorialístico en Argentina, que tuvo efectos innegables en Uruguay. Ante la inminente recuperación de la nieta del poeta Juan Gelman (separada al nacer de su madre, una detenida-desaparecida más, y que desató una vigorosa campaña internacional contra el entonces presidente Sanguinetti), su sucesor Batlle se vio obligado a crear una Comisión de la Paz y la Reconciliación. Y aunque ésta no alcanzó efectos notorios, el reconocimiento de que la Ley de Caducidad había cerrado el pasado en falso y la aparición de Simón Riquelme —secuestrado a su madre en Argentina en 1976 y recuperado después de décadas de búsqueda infructuosa³⁰—, generaron muchas expectativas y un fuerte apoyo a un partido que había padecido y sobrevivido a la dictadura, con quienes se identificaban la mayoría de sus víctimas (tanto en Uruguay como en el exilio), que no se había desgastado con las componendas y las renunciaciones de la postransición (en episodios como la ley de Caducidad) y que, en definitiva, representaba una alternativa real a los partidos tradicionales³¹.

Por lo tanto, frente a similitudes aparentes, el escenario del triunfo del FA era muy diferente al de

²⁸ Vid. Moreira, Constanza, "Resistencia política y ciudadanía: plebiscitos y referéndums en el Uruguay de los '90". *América Latina*, 36 (2004), especialmente 29-40.

²⁹ Garcé, Adolfo; Yaffé, Jaime, op. cit., 107-111.

³⁰ La recuperación de Simón Riquelme, el niño robado durante 25 años, causó un enorme impacto sobre la sociedad uruguayana. Vid. Amorín, Carlos, *Sara y Simón. Historia de un encuentro*. Montevideo, Nordan-Comunidad y Brecha, 2002.

³¹ Para una exposición muy lúcida sobre la herencia de violaciones contra los DDHH en Uruguay, vid. Roniger, Luis, "Olvido, memoria colectiva e identidades: Uruguay en el contexto del Cono Sur", en Bruno Groppo; Patricia Flier (comps.), *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*. La Plata, Al Margen, 2001, 151-178.

Kirchner un año y medio antes. En Argentina había un sistema de partidos devastado, y Kirchner no dejaba de ser una marca dentro del peronismo (cuyo contenido era más ambiguo y laxo que nunca); y la prueba de esto es que la flamante presidenta –su sucesora– se conecta con él por razones que tienen que ver evidentemente con la pertenencia a un partido y a una tradición (un sector concreto del peronismo), pero mucho más por cuestiones familiares.

El escenario uruguayo es muy diferente: la victoria del FA confirma la radical transformación –no la destrucción– del sistema de partidos políticos. No se sabe aún si habrá un nuevo bipartidismo, pero las elecciones de 2004 han arrojado a la marginalidad al principal partido del sistema, el Colorado, que había gobernado prácticamente todo el siglo XX, y han confirmado al FA como el protagonista central en la política uruguaya actual.

Para finalizar un tema tan denso, que pretendimos encerrar en tan poco espacio, lo hacemos transitando de la política a la memoria. En Argentina, la enorme dificultad para construir un relato unitario y equilibrado, un relato capaz de

suscitar consensos amplios sobre la historia reciente y al mismo tiempo reforzar la conciencia social y la reflexión crítica, no radica solamente en las numerosas memorias que circulan sobre lo que ocurrió, incompatibles y en lucha entre sí (la de los militares, la de las Madres y familiares víctimas de la represión, la de los militantes guerrilleros y los que no abrazaron la lucha armada, la de la recuperación democrática...), sino en las veleidades del comportamiento de sus protagonistas, que se inscribe a su vez en la propia volubilidad de la sociedad argentina. Esto no sólo significa desplazamientos repentinos, giros inesperados, camaleonismo político, etc, sino también desdoblamientos, solapamientos, coexistencias conflictivas...³² En Uruguay, por el contrario, si bien la memoria sobre el pasado no es diáfana, quedan muchas cuentas pendientes y la evocación de la lucha armada todavía genera divisiones, la reconstrucción social e institucional parece más coherente y transparente, como lo prueban la presencia de varios ex guerrilleros ejerciendo puestos de responsabilidad en el gobierno, con el beneplácito y la confianza de sectores mayoritarios de la sociedad.

³² Como prueba de esto podría citarse la evaluación tan distinta que hacen de los “años de plomo” tres escritores que fueron –cada uno a su modo– protagonistas y al mismo tiempo víctimas de la represión militar. Sirvan como ilustración estos títulos: Gelman, Juan; Bayer, Osvaldo, *Exilio*. Buenos Aires, Planeta, 2006; D’Aloisio, Fabián; Nápoli, Bruno, *Ventana a la Plaza de Mayo. Las Madres y Osvaldo Bayer*. Buenos Aires, Ed. Madres de Plaza de Mayo, 2006; y Graham-Yooll, Andrew, *Memoria del miedo...*, op. cit.